



 Pájaro
de aire y fuego **Pilar**
Rahola

DESTINO

Pájaro de aire y fuego

Pilar
Rahola

Traducción de Olga García Arrabal

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1590

Título original: *Ocell d'aire i de foc*

© Pilar Rahola, 2022

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© por la traducción del catalán, Olga García Arrabal, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-233-6236-3

Depósito legal: B. 18.962-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Cara al sol, la gloriosa cruz...

En el valle de Cuelgamuros, donde se inauguraba el monumento, el calor era infernal. Pero, pese al sol abrasador que caía a plomo sobre los miles de asistentes de la gran explanada, la mayoría llegados desde primeras horas de la madrugada, nadie mostraba señal alguna de fatiga. La multitud estaba exultante, pletórica de orgullo patriótico, y ni las palabras del hombre que presidía el solemne acto frenaban sus gritos de exaltación. «La anti-España fue vencida y derrotada, pero no está muerta», avisaba con una voz meliflua que, sin embargo, resonaba atronadora, y los «¡Arriba España!» se mezclaban con los gritos inflamados de los «¡Viva Franco!». Hacía tan solo unos minutos que había terminado el funeral que el cardenal primado y arzobispo de Toledo, Enric Pla i Deniel, había celebrado en el interior de la fastuosa basílica benedictina, y si bien mostraba un rictus de estricta seriedad, pocos, entre los miles reunidos en la gran nave, imaginaban la tormenta de emociones que se estaba desatando en su interior.

Ya tenía ochenta y dos años, y officiar aquel solemne funeral en honor a los caídos por Dios y por

España era la culminación de toda una vida de servicio a sus ideales. «Ochenta años dedicados a la obra de Dios», pensó en una pausa de la liturgia, y el recuerdo de los años gloriosos de la sublevación le produjo una satisfacción que apenas podía contener. «El pecado de la soberbia», se reprendió, sacudiendo ligeramente la cabeza, y al momento recuperó el semblante solemne. Pero era cierto que había dedicado toda su vida a hacer resurgir la España cristiana, un soldado de Dios en lucha contra los ateos, los revolucionarios, los anarquistas, los comunistas, la mala gente. Y hoy, el día que se inauguraba aquel magno monumento a los caídos, hacía ya veinte años de la victoria. «¡Veinte años de paz y gloria!», se repetía feliz, y los recuerdos se agolpaban como fogonazos danzarines: los primeros días de la sublevación, las ceremonias de la Falange, brazo en alto y con Dios en el corazón, el día que cedió el palacio episcopal de Salamanca al general Franco para que lo convirtiese en su residencia... «Madre de Dios, ¡el palacio episcopal!»; y el recuerdo del búnker que Franco hizo construir en el jardín del recinto, diseñado por ingenieros alemanes, le divertía como si fuese una travesura. Pero, sobre todo, el de aquel 30 de septiembre de 1936 en que publicó su artículo más famoso, «Las dos ciudades», donde apelaba a santo Tomás de Aquino para defender la idea de la guerra justa. «No es una guerra civil, es una cruzada», había escrito, y aquella idea de una guerra santa contra las fuerzas del mal se convirtió en el aliento que inspiraría a los miles de buenos españoles que derramarían su sangre en combate.

El funeral había acabado y ahora el cortejo salía al transtrán del recinto, encabezado por el Caudillo y su esposa, que caminaban bajo palio, símbolo del carácter sacro de su misión. El gigantesco órgano de la abadía hacía sonar el himno nacional a través de sus diez mil tubos, y el templo entero temblaba como si estuviese vivo. El cardenal miró a su alrededor y las caras conocidas que lo rodeaban le recordaron que estaba en compañía de la mejor gente de la patria. A un lado tenía al abad del monasterio, fray Justo Pérez, y al otro, flanqueado por el delegado nacional del Frente de Juventudes, «un hombre de honor, este López-Cancio», lo acompañaba el teniente coronel Miguel Rodrigo Martínez, capitán general de la primera región y uno de los hombres más fuertes del ejército. Caminaba con paso regio, plenamente consciente del alto rango militar que ostentaba, y, al mirarlo de reojo, sin perder el paso, el cardenal recordó que había sido coronel de la División Azul, y no pudo evitar imaginarlo con el uniforme gris *feldgrau* de la Wehrmacht. «Sin relevo posible, hasta la extinción», repitió mentalmente, y el lema de la División Azul, encarnado en aquel hombre que había acudido hasta el frente soviético para luchar contra los comunistas, lo colmó de un orgullo tan intenso que pensó que era casi divino, porque era Dios quien lo inspiraba.

Al salir al exterior, la muchedumbre estalló en un rugido de victoria y fue entonces, al contemplar a aquellos miles de patriotas exultantes de emoción, cuando se sintió incapaz de contener una lágrima. Ante él, el espectáculo de ocho mil valientes vestidos

con su viejo uniforme de alférez provisional, la guerrera amarillenta de algodón, el clásico correaje Sam Browne, el emblema de los regulares de infantería sobre el cuello, la mítica estrella de seis puntas sobre el paño negro, cubierto por un fez con borla negra y, cosido a la guerrera, el distintivo del cuerpo del ejército marroquí, con la estrella roja y la media luna blanca. «Ocho mil, han venido ocho mil. ¡Cómo no íbamos a ganar con estos valientes en nuestras filas!», y el resto de los miles de asistentes, jóvenes del Frente de Juventudes, falangistas de yugo y flechas al pecho, chicas con el azul mahón de la Sección Femenina, militares, civiles, decenas de miles unidos en homenaje a los caídos por la patria, todos ellos, españoles de honor y honra. «Creo que ya puedo morirme», pensó de repente, persuadido de haber culminado la ardua tarea que se había impuesto desde los tiempos en que era un simple seminarista de la diócesis de Barcelona, y, sereno con la idea de la muerte como un hecho sublime, la última entrega a Dios, se dispuso a escuchar la arenga del Generalísimo.

Espanoles:

Cuando los actos tienen la fuerza y la emotividad de estos momentos en que nuestros preces ascienden a los cielos impetrando la protección divina para nuestros caídos, las palabras resultan siempre pobres. ¿Cómo podría expresar la honda emoción que nos embarga ante la presencia de las madres y las esposas de nuestros caídos...?

Unos minutos después, cuando Franco le hizo el honor de repetir sus históricas palabras, «nuestra guerra no fue una contienda civil más, sino una verdadera cruzada...», el viejo cardenal alcanzó un punto tan álgido de emoción que pensó en la experiencia mística de santa Teresa, porque solo la culminación de la obra de Dios podía provocar sentimientos tan intensos. Y con el redoble de los versos de santa Teresa en su interior, él, Enric Pla i Deniel, llegó al éxtasis:

*Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es el perderte a ti
para mejor a Él gozarle?*

Quico Sabaté, el maquis, el enemigo de España, el símbolo de la herejía contra la que el cardenal Enric Pla había iniciado la cruzada cristiana, jamás alcanzaría el éxtasis mientras evocaba a santa Teresa. Tampoco la había leído nunca, convencido de que la religión era una carcoma que secuestraba los cerebros y devoraba los ideales. Sus inclinaciones no se acercaban a la trascendencia del espíritu, sino a la fuerza de la acción, ferozmente ligada a la lucha terrenal. Hacía dos días que había salido de su confinamiento en Dijon para ir a ver a sus hijas, y en Tolosa de Languedoc no tenían el sol abrasador que sufrían los miles de asistentes al magno acto que se estaba desarrollando en el valle de Cuelgamuros. Un jirón de nubes amenazaba lluvia y Quico pensó que aquello era una buena señal,

una pequeña venganza de la naturaleza contra un día que estaba marcado a fuego en el calendario. «¡Veinte años de la derrota!», dijo en voz alta. «Veinte años de la victoria fascista, veinte años y aún no los hemos destruido», se repitió como si se tratase de una letanía, y, entonces, enojado, arrojó contra la pared la carta que le estaba escribiendo a su amigo Joan Bellés, que vivía exiliado en Clermont-Ferrand. «¡Cómo pueden decirme los de la CNT que esto se ha acabado!», exclamó rabioso, pero enseguida recogió el papel y continuó escribiendo la carta.

... no he dejado ni una hora de pensar y actuar para liberar al pueblo español de la fiera feroz que lo está aniquilando física y moralmente...

Se detuvo, tomó aliento como si necesitase una sobredosis de oxígeno y, por unos instantes, se perdió en el recuerdo de una de las últimas acciones que había llevado a cabo en España. «¡El puñetero mortero!», dijo burlón mientras rememoraba el artilugio que había inventado para poder tirar octavillas, y que había situado encima de un taxi que tenía abertura en el techo el día que Franco estaba en Barcelona. «¡Y pensar que el pobre taxista pensó que eran panfletos en homenaje al Caudillo!», y la evocación de aquella pequeña gesta le hizo recobrar el buen humor. Luego, más tranquilo, retornó a la carta que le estaba escribiendo a su amigo Bellés.

... por desgracia, a mí no han podido suprimirme las balas asesinas de la policía, que tantas vidas generosas han destruido, pero mis fuerzas físicas me están abandonando... Aun así, no pasaré ni un minuto de mi vida sin aportar a la lucha mi esfuerzo, por pequeño que sea...

«Las balas asesinas...», repitió abstraído, y, como tan a menudo le ocurría, el cerebro le devolvió en procesión, una tras otra, las caras de los compañeros caídos: Parés, José López, Culebras, Senzill, Facerías, su hermano Pep, su hermano Manolet... «¡Otra vez Manolet!» ¿Por qué, si lo había ahuyentado de su memoria? No merecía el recuerdo, no, era el traidor, el culpable de decenas de caídos. «¡Cobarde, cobarde, cobarde!» Y no le servían de excusa los días de tortura que su hermano había sufrido en los bajos de Vía Layetana, ni su juventud —veinticuatro años—. Nada le valía. «Somos libertarios, somos guerrilleros, no podemos rendirnos a los fascistas, no podemos, nunca.» Y, una vez más, decidido y furioso, cerró abruptamente el recuerdo de Manolet. Ni pizca de pena. Sin piedad.

«¡Tengo que volver a España, tengo que hacerlo!», exclamó decidido, finalmente liberado de la tentación de la nostalgia. Y la idea de volver al interior a perpetrar una nueva acción contra el régimen se convirtió en una motivación imparable, en una obsesión. «Hace veinte años que los fascistas gobiernan España, veinte años de terror, veinte años de asesinatos, veinte años de vergüenza. No pode-

mos abandonar la lucha, no. Yo no lo haré.» Y en aquel preciso instante comenzó a pensar en el regreso, y en la acción que iba a perpetrar, con quién, cuándo... definitivamente entregado a la única meta que tenía sentido en su vida: la lucha contra la opresión.